

UN EJERCITO PRESTO A LIBRAR LAS BATALLAS DEL DESARROLLO

GUSTAVO BALCAZAR MONZON
Ministro de Agricultura de Colombia

Un amoroso dueño de la tierra

Si la educación es o debe ser un proceso durante el cual el hombre se adapte al medio en que vive, adquiera habilidad para desenvolverse en él y para abrir las fuentes del bienestar, al mismo tiempo que para asumir posiciones críticas que le permitan avizorar la necesidad y aún la urgencia de múltiples transformaciones, estoy seguro de que la Escuela del Valle de El Zamorano cumple inmensurable labor magistral. No al estilo de la tradición bien poco pragmatista y por lo tanto imperfecta de Latinoamérica. No la del texto muerto o anquilosado, pero otra vital que no desmaya en la persecución de leyes y efectos naturales hasta ahora desconocidos. Qué no vacila ante el imperativo de la comprobación experimental y funde al hombre con la realidad circundante, no para que sea siervo irredento de la tierra sino para que amorosamente sea su dueño y la reciba y la posea y la conserve como patrimonio que es de la humanidad.

Un explosivo fenómeno

El contemporáneo fenómeno del incremento demográfico, calificado como "explosivo" por Raúl Prebisch, ha concentrado la atención general en la necesidad de producir más para atender a nueva y gigantesca demanda. Esa inquietud genera la incorporación de varios sectores geográficos a la actividad económica y estimula a investigadores, maestros y extensionistas en el propósito de lograr mejores índices de productividad. La ciencia y la tecnología —capaces de abrir los caminos hacia el espacio sideral— les han brindado maravillosas herramientas y nadie niega que el hombre triunfa hoy en el intento —de laboratorio— de producir más y mejor. Sin embargo, la miseria y el hambre hacen presa en millones de seres. Más del sesenta y seis por ciento de la población está famélica. La demanda "potencial" —mensurable por el número de habitantes— no coincide con la demanda "efectiva". Y como esta última, en fin de cuentas, es la que determina el volumen de la

producción y la forma de la distribución, asistimos a la paradoja de que el infraconsumo disminuye la actividad productora, impide el abaratamiento de los costos y los precios y da lugar a que haya "excedentes" en un mundo ávido de bienes elementales.

Una tranquila reflexión

Una tranquila reflexión sobre el tema del hambre nos lleva a concluir que sólo será posible encontrarle solución adecuada si estamos dispuestos a comprender que fundamentalmente hace parte de un problema cultural insoluto. Si encaramos la economía como un recurso del hombre y no al hombre como recurso económico. Si llegamos al íntimo convencimiento de que la educación no puede seguir siendo para una minoría privilegiada. Si quienes somos usufructuarios del privilegio de la educación, por haberla recibido en cualquiera de sus niveles, nos embarcamos en la empresa de hacer copartícipes de ella a nuestros hermanos, que a pesar de la legitimidad y la igualdad de su derecho, han sido menos afortunados que nosotros. Si procuramos la existencia de una sociedad más igualitaria y aceptando que la enfermedad y la ignorancia son los factores que en mayor grado determinan la desigualdad social, nos comprometemos a fondo en la prevención de la primera y en la masiva superación de la última.

Una filosofía de inspiraciones

La observación personal, de los proyectos que adelante en sus predios la escuela fundada por Samuel Zemurray y Wilson Popenoe, me ha revelado la filosofía de sus inspiradores, el ánimo del personal docente y los rumbos que siguen los jóvenes que aprenden trabajando y que también trabajan aprendiendo. El gesto de optimismo con que abocan sus tareas y sus programas, es índice bien claro de que tienen conciencia exacta de la necesidad de América y de que, además, confían en la inteligencia, en la fortaleza

leza de sus brazos, en el infinito poder de superación del ser humano. Por la comprensión de sus anhelos y por ser fácil de precisar la meta de sus esperanzas, creo que en el Valle de El Zamorano se ha encendido un motor que no habrá de detenerse. Creo que este antiguo pinar de Honduras, en donde un hombre de América, nacido en Colombia, "vigorizó su aliento" para decir poesía y profecía, asiste al parto de una nueva concepción económica, es testigo de un humanismo redivivo que habrá de colocar al hombre en el sitio de honor que le corresponde.

Un legado que preservar

Aquí el árbol enhiesio en la ladera, para que sirva a la causa del hombre. Aquí el suelo y las aguas protegidos bajo el rumor de los árboles, para que sean siempre del hombre. Allá el abono que restituye lo que hemos aprovechado, para que el ciclo de la naturaleza pase por el hombre. Encima del verde de los campos y en medio del polen, el insecto que lleva el germen de la fecundidad. Y el animal doméstico y las aves y los peces y el mundo subterráneo. El equilibrio, en fin, para preservar y aprovechar el legado que recibimos y que habremos de entregar luego a las próximas generaciones y a las que habrán de llegar después de ellas.

Una erosión humana

El señor Ministro de Educación de la República de Honduras ha dicho, cómo es grave el fenómeno de la erosión en las tierras de América. Ha dicho cómo el suelo se corre debajo de nuestros pies y cómo las escuelas de ese hecho son inimaginables en horror. Y dice verdad el señor Ministro. Pero, si bien es cierto que la corriente de los suelos hacia el mar —esta accesión de lo terrestre a lo marino— debe inquietar a quienes poblamos la corteza sólida del planeta, no es menos cierto y sí mucho más grave que hay una erosión humana, una "inferiorización" del hombre, unas lesiones irreversibles en las más nobles células de su organismo, causado todo ello por la plaga del hambre. Del hambre aparente y de la inaparente, como las llama Josué de Castro. De la "hambruna" que va pegando la piel al esqueleto hasta reducir a la inanición. Y de esa otra —insuficiencia de proteínas, vitaminas y minerales— que no se muestra con los caracteres de la tragedia pero que percibimos clara e instantáneamente en el gesto de cansancio, en la figura deforme, en la mirada perdida o en el ademán iracundo de quien no se resigna a perecer.

Esta erosión humana es la que, jóvenes agrónomos, han aprendido a combatir. Esta necesidad de que la tierra fructifique para todos es la que da motivo a su conato.

